

Blanquita

Aún creo verla sentada en el mismo banco de la recoleta plaza, siempre a la misma hora, como el día en que comencé a asistir a las clases en la Escuela de Peritos Industriales.

Es uno de esos recuerdos que se quedan grabados indeleblemente en la memoria. Una de las cosas que ocurren en una determinada fase de la vida y no influyen en ti ni en nada de lo que te rodea, no forma parte de tu pasado, ni de tu futuro y apenas si roza el presente. Y, sin embargo, queda latente en la memoria, con una presencia mucho más vívida que otros asuntos que hayan sido más significativos en el desarrollo de tu existencia.

Tengo que hacer auténticos esfuerzos para evocar el rostro de mis compañeros de estudios, o de aquella niña que, con su vestido de colegiala y su mirada ruborosa, fuera mi primer amor.

Pero a esa mujer la recuerdo con intensidad.

Después de tantos años y la tengo presente como si se tratara de una fotografía un poco oscurecida por el tiempo. Una de aquellas instantáneas de color sepia enmarcada en una orla abigarrada y barroca. Una mujer de una edad algo más que mediana, sentada erguida, con gran distinción en el centro de uno de los bancos de madera que rodeaban el jardincillo central, apoyadas las manos sobre una sombrilla de color blanco ajado por el tiempo, un hermoso festón de ancha puntilla de Manila, raído y algo deshilachado, el precioso mango de nácar primorosamente tallado en forma de cabeza de perro.

Siempre vi a esta mujer ataviada con el mismo vestido. Tan pasado de moda que te retraía a las revistas de veinte o treinta años atrás. Blanco, adornado con amplias tiras de bordado rodeando el volante y el escote que dejaba al descubierto los pálidos hombros y el nacimiento de los senos. Y un ancho lazo que abrazaba su cintura. Y una aparatosa pamelita de encaje blanco cubriendo su cabeza.

Y una dulce mirada dando sombra a una sonrisa tenue, como ausente, siempre perdida en un horizonte imaginario.

Nunca supe la verdad de su auténtica personalidad. Quien pudiera ser, ni cual hubiera sido su historia.

La conocíamos por Blanquita “La Loca”.

En ocasiones había alguien a quien le picaba la curiosidad, se acercaba hacia ella, se sentaba en el banco a su lado y trataba de entablar conversación.

Pero nunca habló con nadie.

Solo sonreía.

Ni siquiera hizo ademán de dejar caer su mirada sobre quien lo intentara. Sus ojos siempre estaban fijos en un lugar imaginario que solamente ella alcanzaba a divisar.

Lo cierto es que casi nadie sabía nada sobre aquella mujer. Y quien pudiera saber algo, jamás quiso contar nada.

Para mí era lo que, en mi juventud, se consideraba como “toda una señora”. Y lo único que yo sabía era aquello que mis ojos veían y lo que mi imaginación era capaz suponer.

Era una mujer ya entrada en años pero que debió ser muy bella en su juventud. El rostro ya ajado mantenía los restos de unas preciosas facciones, suaves y regulares, los ojos grandes y de un verde tan profundo como el mar sereno del abra, el cabello entrecano y suavemente ondulado debió ser de un rubio casi ceniciento, los labios finos dibujaban una boca pequeña y siempre sonriente, la barbilla delicada y puntiaguda, los pómulos redondeados y sonrosados le daban una apariencia de muñeca de porcelana china. Una Mariquita Pérez de tamaño natural.

Los niños se reían con descaro de ella, correteando a su alrededor, hacían muecas y gestos burlones ante su rostro, lanzando piedrecillas a sus pies. Los adultos se mostraban curiosos. Se detenían ante ella para observarla con disimulo en un principio y con atrevimiento cuando comprendían que su indiscreción no despertaba reacción alguna en la mujer. La dama se mantenía quieta, erguida, hierática y sonriente. Jamás se alteraba la expresión de su rostro ni la postura de su cuerpo. Estoy convencido que su cuerpo era lo único de su ser que estaba sentado en el banco de la plaza. Su mirada, su mente y sus recuerdos estaban muy alejados, reviviendo una y otra vez un pasado que solamente era presente para ella.

Siempre me produjo un respeto imponente. Me rebelaba en mi interior cada vez que alguien se acercaba a ella con curiosidad o con intención de burlarse. Me quedaba mirándola desde una prudencial distancia y mi imaginación se desbocaba elucubrando historias en las que siempre destacaba como una heroína desgraciada. Recuerdo haber perdido mañanas enteras de clase, sentado en otro banco mientras esperaba alguna reacción, algo que pudiera darme a conocer su pasado.

Pero siempre ocurría lo mismo. Nada diferente a los días anteriores. Nada más que la actitud ausente de la mujer que flotaba en el aire de la plaza.

Y todos los días, a la misma hora, a la una del mediodía, se detenía ante el banco de la plaza un coche negro, un automóvil de marca Citroen, de aquellos coches señoriales de morro alargado y portezuelas con tiradores de bisagra. Descendía un hombre de edad indefinida, el cabello plateado, muy erguido y completamente vestido de negro. Traje negro, con la chaqueta cruzada de amplias solapas, zapatos negros, camisa blanca, corbata negra y guantes de cuero negro. Se dirigía hacia el banco, con paso seguro y ceremonioso, se detenía ante Blanquita y, tras inclinarse ceremoniosamente, musitaba unas palabras en su oído. Entonces ella sin retornar su mirada desde su horizonte, apoyaba la mano en el antebrazo del hombre y lo acompañaba para situarse en el asiento posterior del vehículo. El hombre vestido de negro cerraba suavemente la portezuela, se sentaba ante el volante y arrancaba, saliendo a poca velocidad de la plaza.

No puedo negar que sentía una cierta fascinación por aquella mujer, por sus circunstancias, por su vida pasada, por todos los pormenores que, en mi imaginación, la habían llevado a su situación actual. Y mis fantasías querían que me acercara al ayer, idealizando para ella un pasado, unas veces terrible y otras veces desgraciado, que la había conducido hasta su actual estado de ausencia espiritual. Tan pronto la imaginaba una joven abandonada por un hombre depravado de quien estuvo perdidamente enamorada, como la recién casada que despide a su esposo, el siguiente día de su boda, para encaminarse hacia una muerte trágica en la primera línea del frente y a quien sigue esperando en el mismo lugar en que le dio su último beso, como era la joven madre que ha perdido, al mismo tiempo que la razón, a su único hijo, como...

Hubo una ocasión en que me planteé saber algo más acerca de ella y decidí seguir al coche. La bicicleta sería mi aliado. Como cada día, al dar la una del

mediodía aparcó el Citroen frente al banco de la plaza, descendió el caballero, vestido de negro como cada día, se acercó hasta la señora y, con gran delicadeza como cada día, la acompañó hasta su asiento. Y puso el automóvil en marcha a una moderada velocidad, lo que me permitió seguir tras él con una cierta facilidad. Atravesamos la Gran Vía y, enfilando por la Alameda, llegamos hasta la orilla del río. Y continuó un trecho por la rivera hasta que el auto traspasó la puerta del amplio jardín de un lujoso chalet de piedra y ladrillo rojo de antañón estilo inglés. Desde la entrada pude ver cómo se detenía ante la puerta principal, cómo el caballero abría la portezuela y, tras ayudar a la dama a descender, la acompañaba subiendo las escaleras que daban acceso al edificio.

El siguiente día la plaza mantenía su aspecto cotidiano. Niños correteando por la vereda alrededor del jardín, algunas niñas charlando a la sombra de un magnolio y una figura blanca con la mirada fija en el infinito, sentada en el centro del banco. Y así fueron transcurriendo los cuatro cursos. Y ya era casi un hombre hecho y derecho y, aunque ya no me detenía todos los días para observarla, seguía siendo para mí un elemento siempre presente en el camino diario, y no me había abandonado la fascinación que sentía por Blanquita.

Pero llegó un día en que mi habitual paisaje sufrió un cambio. No lo comprendí hasta después de haber terminado el examen de Metalurgia. Desde antes de llegar a la Escuela había comenzado a sentir una cierta desazón. Era como si hubiera olvidado alguna cosa de importancia, una ligera sensación de vacío que yo achacaba a los nervios derivados de la última prueba antes de culminar mi carrera. Sabía que había alguna cosa diferente en mi vida, aunque fuera incapaz de determinar su naturaleza. Cuando iba de vuelta a casa, con la satisfacción de haber realizado un buen examen, cuando ya estaba en la seguridad que había terminado una etapa de mi vida, que ya nunca volvería a realizar aquellas caminatas siempre iguales entre mi casa y la Escuela, a medida que me iba despidiendo de mi vida de estudiante, de las rutinas habituales quise, también detenerme en la plaza. Aún no había sonado la una del mediodía y deseaba despedirme en silencio de Blanquita, decir adiós a una parte del paisaje de mi vida.

Pero ella no estaba. Su figura blanca no resaltaba sobre la pintura verde del banco de madera, no se recortaba contra el jardín central de la plaza. Consulté esperanzado mi reloj de pulsera. Apenas eran las doce y cuarto de la mañana. Y

comprendí a qué era debida la sensación de vacío que había sentido durante toda la mañana. Blanquita no estaba en la plaza cuando pasé por ella esta mañana.

Comencé a correr hacia el chalet en la orilla del río. Sorteé varios coches al atravesar alocadamente el tráfico de la Gran Vía. Tropecé varias veces con peatones mientras corría por la acera de la Alameda hasta que me detuve jadeante, completamente agotado ante la verja del jardín. Estaba cerrada. Las ventanas de la casa tenían puestas las contraventanas exteriores. No se veía el Citroen negro al pie de la escalera. Ningún signo de vida se percibía en el interior.

Me mantuve allí, sentado en la acera, con la espalda apoyada en la pared por espacio de más de dos horas.

De vez en cuando me incorporaba para preguntar a alguno de los transeúntes. Todos me contestaban con un gesto de extrañeza, elevando ligeramente los hombros con un signo mezcla de ignorancia y duda.

Y jamás volví a ver a Blanquita.

Y he pasado en ocasiones por la plaza con la esperanza de volver a encontrar su blanca figura erguida en el centro de su banco. Y poco a poco fui dejando de pensar en ella hasta hoy.

Hoy, en el periódico local, ocupando un espacio preferente en la primera página hay una fotografía de un precioso palacete de piedra y ladrillo de rancio estilo inglés con su estructura muy deteriorada, y bajo ella un titular:

“Se ha derribado “Villa Blanquita” para construir en su solar la nueva sede administrativa de la Diputación Provincial”.

Y mi mente ha retornado a la plaza. Y me he sentado en el banco, al lado de Blanquita y he tomado su mano entre las mías, mientras nuestras miradas se perdían en el horizonte buscando, ella su vida y yo un pasaje olvidado de mi juventud.